



VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

Hoja Semanal y Especial Jóvenes

de la Parroquia de
Nuestra Señora Reina del Cielo

Año XV

Nº 34

20.06.2021

DOMINGO DE LA 12ª SEMANA DEL T. ORDINARIO

LECTURAS DE LA MISA:

1ª Lectura	Del Libro de Job (Job 38, 1. 8-11).
Salmo Responsorial	Salmo 106 (Sal 106, 23-24. 25-26. 28-29. 30-31).
2ª Lectura	De la 2ª carta del Apóstol San Pablo a los Corintios (2Cor 5, 14-17).

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO ① SEGÚN SAN MARCOS (Mc 4, 35-40):

Aquel día, al atardecer, dijo Jesús a sus discípulos: «Vamos a la otra orilla».

Dejando a la gente, se lo llevaron en barca, como estaba; otras barcas lo acompañaban. Se levantó una fuerte tempestad y las olas rompían contra la barca hasta casi llenarla de agua. Él estaba en la popa, dormido sobre un cabezal.

Lo despertaron, diciéndole: «Maestro, ¿no te importa que perezcamos?» Se puso en pie, increpó al viento y dijo al mar: «**¡Silencio, enmudece!**». El viento cesó y vino una gran calma.

Él les dijo: «**¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?**»

Se llenaron de miedo y se decían unos a otros: «Pero, ¿quién es este? **¡Hasta el viento y el mar le obedecen!**»

① Los textos Bíblicos citados en esta HS y EJ están tomados de la Biblia de la Conf. Episc. Española.

ENCUENTRO CON JESÚS:

¿QUIÉN ES ÉSTE QUE HASTA EL VIENTO Y EL MAR LE OBEDECEN?



Al calmar la tempestad y el viento, en el Evangelio de hoy, Jesús nos manifiesta que Él es Dios; nos muestra cómo su poder es más fuerte que una tormenta amenazadora. Este episodio nos vuelve a pedir que pongamos nuestra confianza en el Señor, pues, aunque en nuestra vida, pasemos por situaciones difíciles, debemos saber que el Señor está presente. “¿Quién es éste?” Ante Jesús, el Señor, es más acertado admirar y adorar.

PAPA FRANCISCO

Miércoles, 16 de diciembre de 2020

Catequesis 18. La Oración de Intercesión (1/2)

Quien reza no deja nunca el mundo a sus espaldas. Si la oración no recoge las alegrías y los dolores, las esperanzas y las angustias de la humanidad, se convierte en una actividad “decorativa”, una actitud superficial, de teatro, una actitud intimista. Todos necesitamos interioridad: retirarnos en un espacio y en un tiempo dedicado a nuestra relación con Dios. Pero esto no quiere decir evadirse de la realidad. En la oración, Dios “nos toma, nos bendice, y después nos parte y nos da”, para el hambre de todos. Todo cristiano está llamado a convertirse, en las manos de Dios, en pan partido y compartido. Es decir, una oración concreta, que no sea una evasión.

Así las personas de oración buscan la soledad y el silencio, no para no ser molestados, sino para escuchar mejor la voz de Dios. A veces se retiran del mundo, en lo secreto de la propia habitación, como recomendaba Jesús; pero, allá donde estén, tienen siempre abierta la puerta de su corazón: una puerta abierta para los que rezan sin saber que rezan; para los que no rezan en absoluto, pero llevan dentro un grito sofocado, una invocación escondida; para los que se han equivocado y han perdido el camino. Cualquiera puede llamar a la puerta de un orante y encontrar en él un corazón compasivo, que reza sin excluir a nadie.

La oración es nuestro corazón y nuestra voz, y se hace corazón y voz de tanta gente que no sabe rezar o no reza, o no quiere rezar o no puede rezar: nosotros somos el corazón y la voz de esta gente que sube a Jesús, sube al Padre, como intercesores. En la soledad, quien reza se separa de



todo y de todos para encontrar todo y a todos en Dios. Así el orante reza por el mundo entero, llevando sobre sus hombros dolores y pecados. Reza por todos y por cada uno: es como si fuera una “antena” de Dios en este mundo. En cada pobre que llama a la puerta, en cada persona que ha perdido el sentido de las cosas, quien reza ve el rostro de Cristo.

El Catecismo escribe: **«Interceder, pedir en favor de otro es [...] lo propio de un**

corazón conforme a la misericordia de Dios». Esto es muy bonito. Cuando rezamos estamos en sintonía con la misericordia de Dios: misericordia en relación con nuestros pecados, pero también misericordia hacia todos aquellos que han pedido rezar por ellos, por los cuales queremos rezar en sintonía con el corazón de Dios. Esta es la verdadera oración. En sintonía con la misericordia de Dios, ese corazón misericordioso.

El Catecismo también dice: **«En el tiempo de la Iglesia, la intercesión cristiana participa de la de Cristo: es la expresión de la comunión de los santos»**.

¿Qué quiere decir que se participa en la intercesión de Cristo, cuando yo intercedo por alguien o rezo por alguien? Porque Cristo delante del Padre es intercesor, reza por nosotros, y reza haciendo ver al Padre las llagas de sus manos; porque Jesús físicamente, con su cuerpo, está delante del Padre. Jesús es nuestro intercesor, y **rezar es un poco hacer como Jesús; interceder en Jesús al Padre, por los otros**. Esto es muy bonito.

S. JOSÉ: EL MARCO EVANGÉLICO

Hemos podido leer de la Carta Encíclica del papa Francisco, unos textos preciosos sobre S. José. Ahora, tomando la exhortación apostólica Redemptoris Custos de Juan Pablo II, enmarcamos el documento que hemos leído en los números anteriores, en el texto evangélico:

EL MATRIMONIO CON MARÍA: «José, hijo de David, no temas tomar contigo a María tu mujer, porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1, 20-21). En estas palabras se halla el núcleo central de la verdad bíblica sobre san José, el momento de su existencia al que se refieren particularmente los Padres de la Iglesia.

El Evangelista Mateo explica el significado de este momento, delineando también cómo José lo ha vivido: «La generación de Jesucristo fue de esta manera: Su madre, María, estaba desposada con José y, antes de empezar a estar juntos ellos, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo» (Mt 1, 18). El origen de la gestación de María «por obra del Espíritu Santo» encuentra una descripción más amplia y explícita en Lucas: «Fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María» (Lc 1, 26-27).

Las palabras del ángel: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo» (Lc 1, 28), provocaron una turbación interior en María y, a la vez, le llevaron a la reflexión. Entonces el mensajero tranquiliza a la Virgen y, al mismo tiempo, le revela el designio especial de Dios referente a ella misma: «No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre (Lc 1, 30-32).

El evangelista había afirmado poco antes que, en el momento de la anunciación, María estaba «desposada con un hombre llamado José, de la casa de David». La naturaleza de este «desposorio» es explicada indirectamente, cuando María, después de haber escuchado lo que el mensajero había dicho sobre el nacimiento del hijo, pregunta: «¿Cómo será esto, pues no conozco varón?» (Lc 1, 34). Entonces le llega esta respuesta: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios» (Lc 1, 35). María, si bien ya estaba «desposada» con José, permanecerá virgen, porque el niño, concebido en su seno desde la anunciación, había sido concebido por obra del Espíritu Santo.

Si María, después del desposorio con José, se halló «encinta por obra del Espíritu Santo», este hecho corresponde a todo el contenido de la anunciación y, de modo particular, a las últimas palabras pronunciadas por María: «Hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38). Respondiendo al claro designio de Dios, María con el paso de los días y de las semanas se manifiesta ante la gente y ante José «encinta», como aquella que debe dar a luz y lleva consigo el misterio de la maternidad.

A la vista de esto «su marido José, como era justo y no quería ponerla en evidencia, resolvió repudiarla en secreto» (Mt 1, 19), pues no sabía cómo comportarse ante la «sorprendente» maternidad de María. Ciertamente buscaba una respuesta a la inquietante pregunta, pero, sobre todo, buscaba una salida a aquella situación tan difícil para él. Por tanto, cuando «reflexionaba sobre esto, he aquí que se le apareció en sueños un ángel del Señor y le dijo: "José, hijo de David, no temas recibir en tu casa a María, tu esposa, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados"» (Mt 1, 20-21).





LA LOCURA DE LA CRUZ (4) - EL MAL Y LA DESGRACIA

A lo largo de sus páginas, la Biblia muestra que el mal provoca la desgracia; la maldad y el pecado hacen sufrir a los autores del mal y a sus víctimas. Nos enseña cómo la desgracia engendra el mal moral, la rebeldía y la venganza. El hombre herido por la adversidad, maldice a Dios y se aparta de sus hermanos; se vuelve indiferente, escéptico y amargado. Para revelar las profundidades de los designios de Dios, el profeta Isaías dice que el sufrimiento puede redimir el mal. Lo podemos leer en Isaías 53:



¿Quién creyó nuestro anuncio?; ¿a quién se reveló el brazo del Señor?² Creció en su presencia como brote, como raíz en tierra árida, sin figura, sin belleza. Lo vimos sin aspecto atrayente despreciado y evitado de los hombres, como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultaban los rostros, despreciado y desestimado. Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado; pero él fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable cayó sobre él, sus cicatrices nos curaron. Todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino; y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes. Maltratado, voluntariamente se humillaba y no abría la boca: como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca. Sin defensa, sin justicia, se lo llevaron, ¿quién se preocupará de su estirpe? Lo arrancaron de la tierra de los vivos, por los pecados de mi pueblo lo hirieron. Le dieron sepultura con los malvados y una tumba con los malhechores, aunque no había cometido crímenes ni hubo engaño en su boca. El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento, y entregar su vida como expiación: verá su descendencia, prolongará sus años, lo que el Señor quiere prosperará por su mano. Por los trabajos de su alma verá la luz, el justo se saciará de conocimiento. Mi siervo justificará a muchos, porque cargó con los crímenes de ellos. Le daré una multitud como parte, y tendrá como despojo una muchedumbre. Porque expuso su vida a la muerte y fue contado entre los pecadores, él tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores.

¿Qué misterio y qué paradoja! Las llagas provocan la curación, un castigo devuelve la paz, el Justo, soportando las faltas de las multitudes, las justifica porque las asume. Isaías indica la posibilidad de sustituir al culpable y de pagar por él. No es el sufrimiento de Jesús lo que agrada al Padre, sino su amor. Jesús perdona a los hombres que le hacen sufrir, porque su corazón está limpio de toda maldad. Jesús permanece en el amor de su Padre con una perfecta obediencia. Padre mío, si es posible que pase de mí este cáliz, pero no sea como yo quiero, sino como quieras tú. (Mt 26, 39). Muerto en la cruz, Jesús obedece al Padre. La pasión la organizaron los hombres; lo único que Jesús hizo fue someterse a las leyes ordinarias de la creación, conociendo así la gran experiencia espiritual común a todos los hombres: morir, y, por la muerte, poder pasar a Dios haciendo la ofrenda de su vida.

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. (Jn 13). En las circunstancias trágicas de su condenación y de su crucifixión, Jesús ve la expresión de la voluntad de su Padre, y sabe leerla a lo largo de los sucesos de la última semana. Dando su consentimiento, hace una ofrenda en espíritu y en verdad, un sacrificio perfectamente agradable a Dios, porque estaba libre de toda complicidad con el pecado.